

De claustro a cuadro grande. Los espacios abiertos y sus usos en los conjuntos misionales de la Alta California

Desde la perspectiva occidental, arquitectura ha sido sinónimo de espacio interior. Esta noción se deriva de la misma naturaleza de la arquitectura europea y la necesidad impuesta por el clima de encierro y protección. Por lo mismo, la historia de la arquitectura tradicionalmente ha atendido la concreción arquitectónica, y particularmente los espacios cerrados.

La definición de la arquitectura como espacio interior se consagró en los años cincuenta del siglo XX por el historiador de la arquitectura Bruno Zevi en su libro *Saber ver la arquitectura*, cuando afirmó: “la más exacta definición de arquitectura que se puede dar en la actualidad es aquella que toma en cuenta el espacio interior [...] lo importante es establecer que ninguna obra que carece de espacio interior puede considerarse arquitectura”.¹ A partir de esta concepción radical llegan a excluirse hasta los grandes monumentos dejados por la cultura griega, que a juicio de Zevi son esculturas por carecer de espacios interiores. Bajo esta óptica, desde luego, el gran legado mesoamericano tampoco podría considerarse arquitectura.

Desde luego las ideas de Zevi han sido cuestionadas y nuevas acepciones de arquitectura hacen hincapié en las maneras en que el ser humano modifica su medio ambiente para crear espacios habitables. Refiriéndonos al caso de Mesoamérica, el papel preponderante de los espacios abiertos como escenarios de la vida cotidiana y ceremonial, y su destacada función como elementos jerárquicos en la estructura de los asentamientos, hace imposible el estudio de los edificios de manera aislada. Las

* Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

¹ Bruno Zevi, *Architecture as Space; How to look at Architecture*, Nueva York, Horizon Press, 1974, p. 28. Texto original traducido por la autora: “The most exact definition of architecture that can be given today is that which takes into account interior space [...] But the important thing is to establish that no work lacking interior space can be considered architecture”.

investigaciones realizadas por Carlos Chanfón Olmos impulsaron la inquietud de revisar esta relación entre espacios abiertos y cerrados no sólo para el caso de los conjuntos prehispánicos, sino también para el caso del periodo virreinal, con la finalidad de identificar continuidades en la conformación y uso del espacio en los dos periodos.

El presente trabajo se inserta en este contexto de investigación con una indagación en los espacios abiertos de los conjuntos misionales de la Alta o Nueva California del siglo XVIII, y retoma la inquietud por comprender la arquitectura no únicamente en términos de espacios delimitados y cubiertos, sino a partir de una concepción de mayor amplitud. En el ámbito estudiado los espacios abiertos conforman parte esencial de la arquitectura misional como espacios rituales y de uso cotidiano. En esta revisión, la idea de la arquitectura no sólo como contenedor, sino también como partícipe de actividades humanas, enriquece la comprensión del fenómeno del espacio construido. Con base en esta idea se revisará para el caso de la arquitectura misional de la Alta California no únicamente características geométricas o formales, sino también los usos del espacio abierto, considerando que el ser humano al actuar sobre el espacio, al habitarlo, lo transforma.

Fuentes

El trabajo se basa en diversas fuentes, siendo fundamentales las gráficas. Las imágenes de espacios misionales en ilustraciones del periodo misional, y posterior al mismo, aportan datos sobre las cualidades y usos del espacio que difícilmente se rescatan en documentos de otra índole.

Entre las imágenes del periodo misional que se utilizaron se cuenta con una serie de ilustra-

ciones realizadas por José Cardoso en el marco de la visita del conde de la Pérouse en 1786. Estas pinturas revelan a la misión de San Carlos Borromeo antes de que se consolidara su arquitectura.

Las series de ilustraciones realizadas en el periodo posmisional, a pesar de mostrar a las misiones en estado de desuso, aportan una información valiosa, pues muestran tanto la forma como elementos físicos que delatan su uso anterior. Se recurrió a la serie que realizó Henry Miller en 1856 e incluye imágenes de las 21 misiones y los tres pueblos; imágenes bajo resguardo de la Biblioteca Bancroft. La observación de éstas y otras imágenes del siglo XIX permiten conocer varios aspectos sobre la arquitectura misional, sobre todo la distribución de elementos en el conjunto y el emplazamiento, que de otra manera difícilmente se podría reconstruir.

El comerciante Edward Vischer, originario de Bavaria y residente por muchos años en Acapulco, llegó a la Alta California en 1852 y se quedó a vivir. Con la intención de fomentar el interés entre los europeos por conocer la Alta California, Vischer escribió una serie de artículos que acompañó de ilustraciones. Pintó una serie de acuarelas, incluyendo planos de cuatro de las misiones: San Francisco Sonoma, Santa Cruz, San Antonio de Padua y San Rafael. Aunque estos planos se realizaron de acuerdo con información dada a Vischer por el general Vallejo y carecen de precisión, muestran los elementos principales a consideración del informante, además de presentar gráficamente la mayoría de las misiones existentes en la Alta California durante la segunda mitad del siglo XIX.

Además de estos acervos, colecciones extensas de fotografía antigua en las bibliotecas Huntington y Bancroft sirvieron de fuentes para el conocimiento de la arquitectura misional. Muchas de

estas fotografías de las misiones antes de su restauración muestran detalles constructivos no visibles el día de hoy.

Por último, la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos conserva una serie de levantamientos de edificios históricos del país realizados en la década de 1930 (Historical American Buildings Survey, HABS), que incluye la mayoría de las misiones. Recopila planimetría detallada que indica sistemas constructivos y elementos de infraestructura, además de reunir fotografía histórica. Aunque no había vestigios importantes en todas las misiones, este levantamiento dejó un acervo importante de datos muy precisos sobre elementos de infraestructura de varias de las misiones.

Los registros y reportes arqueológicos también permiten ubicar y entender los espacios abiertos de las misiones, tanto en su forma como en su uso. Para algunas de las misiones existen estudios sumamente completos y detallados, que permiten conocer inclusive el uso de los espacios a través de los depósitos de material de desecho. Desde luego estas fuentes de información fueron complementadas por documentación de archivo, como los informes anuales y los diarios de viajeros.

Además de contar con estos diarios de viaje, los españoles participantes en la exploración, conquista, administración y evangelización del nuevo territorio dejaron sus impresiones en reportes y diarios. Los diarios de los frailes Crespi, Font y los escritos de Palou son documentos valiosísimos, que además de aportar datos para elaborar cronologías muestran la manera de pensar de estos protagonistas. Exploradores como de Anza y militares como Pedro Fages también dejaron en sus diarios y bitácoras sus impresiones de la Alta California, de sus asentamientos y su población nativa antes de que comenzara la labor de evangelización. Desde el mar observaron y des-

cribieron, por ejemplo, el pueblo indígena que se encontraba en el lugar que posteriormente ocuparía la misión de San Buenaventura. Las descripciones de Pedro Fages constituyen probablemente la primera etnografía de algunos grupos californianos.

Los visitantes de la Alta California de los siglos XVIII y XIX dejaron como legado descripciones tanto de la arquitectura como de los usos. Figura entre ellos el conde François de la Pérouse (en 1786 estuvo en el presidio de Monterrey y la misión de San Carlos Borromeo), José Longinos (naturalista que visitó la Alta California en 1792), George Vancouver (entre 1792 y 1793), Hugo Reid (vivió en Los Ángeles entre 1832 y 1852), Auguste Bernard Duhaut-Cilly (entre 1827 y 1828) y Eugene Dufлот de Mofras (entre 1841 y 1842), entre muchos otros.² La bibliografía sobre arquitectura misional suele enfocarse a los edificios, así que a pesar de ayudar a identificar datos cronológicos y de distribución de elementos en los conjuntos, fue de poca utilidad para el estudio de los espacios abiertos.

La observación *in situ* complementó el trabajo, aunque en la mayoría de los casos el crecimiento urbano sobre los vestigios de los espacios abiertos de las misiones modifica la percepción de ellos. Varias misiones conservan total o parcialmente sus patios, y algunas también conservan las explanadas, lo que fue de utilidad para este trabajo.

La misión

Antes de entrar en la temática específica en relación con las misiones de la Alta California, es útil acotar la noción de misión. El concepto genérico de *misión* se refiere al poder o facultad

² Francis J. Weber (ed.), *Prominent Visitors to the California Missions*, Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1991.

dada a una persona para ir a desempeñar un cometido. En sentido canónico, el cometido era la evangelización, y la arquitectura que apoya esta labor, arquitectura misional. En esta categoría entran tanto los conjuntos conventuales del sur o centro de la Nueva España erigidos en el siglo XVI como los conjuntos complejos de la frontera norte de los siglos XVII y XVIII.

El uso del término *misión* para referirse específicamente a los conjuntos arquitectónicos que apoyaban la labor de la evangelización data por lo menos del siglo XVII y era de uso común en el siglo XVIII, apareciendo con frecuencia en los documentos de archivo consultados. La palabra *misión* lleva la connotación de tratarse de construcciones en los lugares más remotos, debido probablemente al hecho de que su uso fue común durante el periodo en que la evangelización se extendió hacia el norte, y a pesar de la similitud básica en función entre la arquitectura conventual del siglo XVI y el conjunto misional de los siglos XVII y XVIII, surgieron grandes diferencias en su concreción arquitectónica a lo largo de los siglos.

Si bien el partido arquitectónico básico originado de la arquitectura monacal medieval³ mantiene su forma básica de templo de nave longitudinal y convento en torno a un patio central; el partido sufrió modificaciones en los distintos ámbitos geográficos, marcado por el contexto físico y los grupos étnicos que participaron en su conformación.

Entre los aspectos que diferencian la arquitectura misional del sur de la del norte, se pueden mencionar varios. En primera instancia, en el sur de la Nueva España y en la península de Yucatán se evangelizaba entre grupos que ya contaban con una larga tradición arquitectónica

y urbana; radicaban en asentamientos complejos y tenían un gran desarrollo de la construcción de mampostería, en la mayoría de las regiones con cal. Al recorrerse hacia el norte, los frailes se encontraron con grupos en algunos casos nómadas, en otros sedentarios, pero en pocos casos con una arquitectura de mampostería y asentamientos compactos.⁴ Los asentamientos nativos temporales entre algunos grupos, y en otros casos permanentes, estaban conformados por estructuras de materiales perecederos, como madera, tule, zacate y pieles. Sin embargo, este carácter efímero de la arquitectura no es indicativo de una ausencia de estructuración en el espacio ni de nociones que podrían influir en la conformación posterior de conjuntos permanentes bajo el sistema misional.

En su expansión hacia el norte, además de evangelizar la empresa misional llevaba consigo la consigna de “civilizar” a los nativos, protegiendo los intereses de la Corona española en la colonización del norte, que además de lograr la expansión territorial conllevaría la protección del sur y del camino de la plata. Si esto fuera poco, la misión también tendría que buscar la autonomía en el lapso de diez años después de su fundación, dado que transcurrido este tiempo sería secularizada. La misión, en un principio sustentada por la Corona, tendría que desarrollar una agricultura y ganadería capaces no sólo de mantener a la población residente, sino de apoyar a la empresa militar con la venta de excedentes a los presidios.

Por esta diversidad en sus funciones, el conjunto misional en el norte desarrolló un programa arquitectónico complejo, en el cual figuran espacios para la producción, la defensa, la habi-

³ Carlos Chanfón Olmos (coord.), *Historia de la arquitectura y urbanismo mexicanos, vol. II. El periodo virreinal. t. I, El encuentro de dos universos culturales*, México, FCE/UNAM, 1997, pp. 283-300.

⁴ El caso de los indios pueblo de Nuevo México es una marcada excepción en este sentido, por el gran desarrollo de la arquitectura de tierra y los asentamientos compactos que caracterizaban su territorio.

tación y, desde luego, la evangelización y educación. En este texto se utilizará el término *misión* para referirse a estos conjuntos complejos de arquitectura civil, militar y para la producción. A la vez, dada la similitud esencial en función con los conjuntos conventuales del centro de la Nueva España, se considera interesante enmarcar la revisión de los espacios abiertos de las misiones californianas en el contexto de sus antecedentes de otras partes de la Nueva España.

La empresa misional en la Alta California

En el año de 1769 la evangelización de la Alta California comenzó formalmente con la fundación del presidio y de la misión de San Diego. Desde hacía varias décadas los franciscanos habían buscado la posibilidad de misionar en estas tierras; sin embargo, fue hasta que se hizo patente la presencia de los rusos, que bajaban por la costa del Pacífico desde Alaska, cuando la Corona reconoció la necesidad de hacerse presente en el territorio.⁵

La colonización de la Alta California se dio a través de tres instituciones fronterizas: el presidio, la misión y el pueblo. Cada una de ellas tenía una función específica y una morfología propia. Los cuatro presidios establecidos en el territorio en cuestión tenían el cometido de pro-

⁵ Enrique Florescano, "Colonización, ocupación del suelo, y 'frontera' en el norte de Nueva España, 1521-1750", en Enrique Florescano *et al.*, *Tierras nuevas; expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*, México, El Colegio de México, 1973, p. 55; Hubert H. Bancroft, *History of California*, vol. I, Santa Barbara, Wallace Heberd, 1963, pp. 97-112; José Omar Moncada Maya e Irma Escamilla Herrera, "Cartografía y descripción de los territorios septentrionales novohispanos en la obra de los ingenieros militares", en J. Omar Moncada Maya, *Fronteras en movimiento; expansión en territorios septentrionales en la Nueva España*, México, Instituto de Geografía-UNAM, 1999.

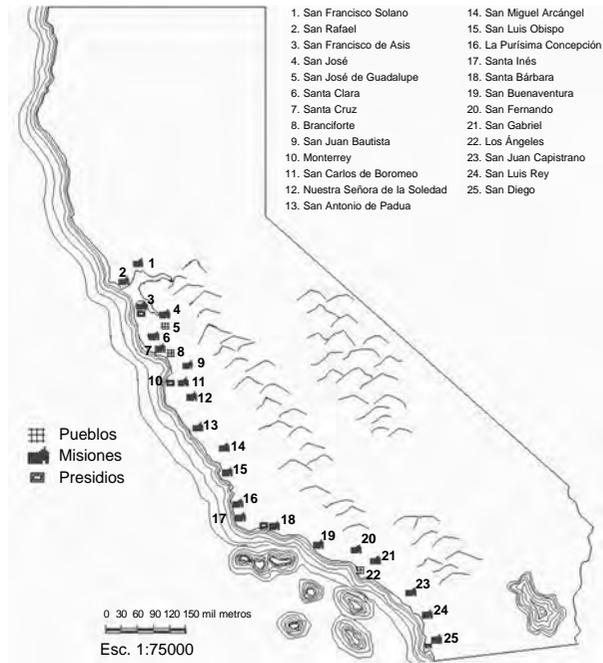


Figura 1. Mapa de la Alta California con la ubicación de misiones, presidios y pueblos.

teger a los misioneros y resguardar el territorio. Se erigían como enclaves cerrados al exterior circundados por palizadas o muros, generalmente en forma cuadrangular. Los tres pueblos, San José, Los Ángeles y Branciforte, se establecieron con la finalidad de crear asentamientos civiles con población de "gente de razón". Se reclutaron pobladores de otras regiones de la Nueva España para colonizar el nuevo territorio con la implantación de nuevos asentamientos organizados de manera ortogonal en torno a una plaza central. Por último, las misiones como enclaves de población indígena eran verdaderos asentamientos; no obstante, la organización espacial no delata la intención de convertirse en centros urbanos, sino que establece la posibilidad de ejercer control sobre la población nativa a través del espacio.⁶

⁶ Catherine R. Ettinger Mc Enulty, "Images of Order, Descriptions of Domestic Architecture in Mission era Califor-

Para comenzar con la colonización de la Alta California se mandaron dos contingentes por mar y dos por tierra: el *San Carlos* y el *San Antonio* partieron de La Paz, Baja California, con sus respectivos capitanes Vicente Vila y Juan Pérez con veinticinco voluntarios catalanes y víveres, todo a cargo del teniente Pedro Fages. El *San Antonio* llegó el 11 de abril de 1769 al puerto de San Diego y el *San Carlos*, habiendo llegado por error hasta Santa Bárbara, entró a la Bahía de San Diego el día 29 del mismo mes. Por tierra llegaron dos expediciones, una a cargo del capitán Rivera que había partido de Velicatá, Baja California, con el padre Juan Crespi y 25 soldados de cuera. El capitán Gaspar de Portolá, quien había partido de Loreto y llegó a San Diego el 1 de julio en compañía de fray Junípero Serra, presidente general de las Misiones, nueve o diez soldados y algunos neófitos de las misiones de la Baja California.⁷

La misión, en primera instancia consistió en unas cuantas estructuras de enramada dentro de una palizada para su protección en las cercanías del presidio. La siguiente primavera un contingente viajó hacia el norte en búsqueda de la Bahía de Monterrey, donde se estableció presidio y la segunda misión, San Carlos Borromeo. Entre 1771 y 1772 fray Junípero Serra fundó las misiones de San Antonio de Padua, San Gabriel y San Luis Obispo, dejando pendiente la fundación de San Buenaventura en el Canal de Santa Bárbara. Este sitio había sido identificado desde los primeros recorridos que se hicieron por la costa como idóneo para una misión; se encontraba en la zona más densamente poblada por

grupos nativos en todo el territorio por evangelizar. A pesar de la insistencia de Serra, el teniente Pedro Fages, quien había quedado como comandante militar en la Alta California con el regreso de Portolá a México, se opuso al establecimiento de San Buenaventura, por considerar difícil la protección del lugar y no contar con suficientes soldados para asignarle guardias. Por recientes hostilidades por parte de los indios en otras misiones, prefirió asignar otros seis soldados a la guardia de la misión de San Gabriel. Se generó un pleito entre estos dos personajes que duró muchos años. Las quejas de Serra al virrey dieron como resultado la asignación de Rivera como comandante en Monterrey, bajo la jurisdicción del gobernador en Loreto.

En 1774, a cinco años de la primera fundación, se habían bautizado a poco menos de 500 indígenas, trabajaban 19 frailes en las cinco misiones y la fuerza militar era de 60 hombres entre los dos presidios y los puestos en las misiones.

Pasaron tres años antes de que el fraile Fermín Lasuén realizara la siguiente fundación, el 30 de octubre de 1775 en San Juan Capistrano. Sin embargo, ésta consistió solamente en levantar una cruz y oficiar la misa, porque a los ocho días llegó la noticia de un ataque a la cercana misión de San Diego y se tomó la decisión de abandonar esta nueva empresa. Sería refundada un año después.

La noche del 4 de noviembre de 1775 algunos indígenas rodearon y prendieron fuego a la misión de San Diego, resultando muerto el fraile Luis Jayme, primer mártir de la Alta California, y otros dos españoles, restándole ímpetu al proceso de fundación de misiones. Al año siguiente la misión de San Luis Obispo sufrió daños cuando los nativos de la región dispararon flechas ardientes y prendieron fuego a las cubiertas de zacate. A pesar de estos incidentes violentos, entre junio de 1776 y enero de 1777 se fundaron

nia", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 91, 2007, pp. 155-182.

⁷ María del Carmen Velázquez, *Establecimiento y pérdida del septentrion de Nueva España*, México, El Colegio de México, 1974, p. 181. Hubert H. Bancroft, *op. cit.*, vol. I, pp. 126-139.

Tabla 1. Fundaciones misionales de la Alta California

<i>Misión</i>	<i>Fundador</i>	<i>Fecha</i>
San Diego de Alcalá	Junípero Serra	17 julio 1769
San Carlos Borromeo de Carmelo	Junípero Serra	3 junio 1770
San Antonio de Padua	Junípero Serra	14 julio 1771
San Gabriel Arcángel	Cambón y Somera	8 septiembre 1771
San Luis Obispo de Tolosa	Junípero Serra	1 septiembre 1772
San Francisco de Asís	Francisco Palóu	26 junio 1776
San Juan Capistrano	Junípero Serra	1 noviembre 1776
Santa Clara de Asís	Junípero Serra	12 enero 1777
San Buenaventura	Junípero Serra	31 marzo 1782
Santa Bárbara Virgen y Mártir	Fermín Lasuén	4 diciembre 1786
La Purísima Concepción	Fermín Lasuén	8 diciembre 1787
Santa Cruz de la Exaltación	Fermín Lasuén	28 agosto 1791
Nuestra Señora de la Soledad	Fermín Lasuén	9 octubre 1791
San José	Fermín Lasuén	11 junio 1797
San Juan Bautista	Fermín Lasuén	24 junio 1797
San Miguel Arcángel	Fermín Lasuén	25 julio 1797
San Fernando Rey de España	Fermín Lasuén	8 septiembre 1797
San Luis Rey de Francia	Fermín Lasuén	13 junio 1798
Santa Inés Virgen y Mártir	Estevan Tapis	17 septiembre 1804
San Rafael Arcángel	Vicente de Sarriá	14 diciembre 1818
San Francisco Solano	José Altimira	4 julio 1823

otras dos misiones: San Francisco de Asís en las cercanías del presidio de San Francisco, y Santa Clara de Asís. Además se reestableció la Misión de San Juan Capistrano, como ya se mencionó. Así se terminó una primera fase de fundaciones, logrando contar con ocho misiones.

Los primeros años de la evangelización en la Alta California fueron años de grandes dificultades. El aislamiento en que se encontraban los frailes, la falta de alimentos, la enfermedad y la hostilidad de los nativos contribuyeron a un escenario gris para los primeros evangelizadores.⁸

A pesar de las dificultades, hubo avances en el proyecto. Haciendo recuento de los primeros diez años de la evangelización de la Alta California, Bancroft señala que se trataba de un periodo de preparaciones más que de logros.⁹ Se habían establecido tres presidios, un pueblo y ocho misiones en las que se atendía una población de aproximadamente tres mil neófitos.¹⁰ Se habían establecido mecanismos para afrontar las dificultades descritas, aunque las misiones aún representaban una carga económica para la Corona.

⁸ Con respecto a la falta de alimentos, Archivo General de la Nación (AGN), Californias, vol. 71, exp. 16, fs. 426-431, 1781.

⁹ Hubert H. Bancroft, *op. cit.*, vol. I, p. 317.

¹⁰ *Idem.*

La última misión que fundó Junípero Serra fue la anhelada San Buenaventura, en la zona más densamente poblada de la región habitada por los chumash. El sitio había sido identificado desde el primer viaje de 1769 en búsqueda de la Bahía de Monterrey. En su diario, Portolá describió un pueblo grande con casas cónicas cubiertas de paja, señalando que este pueblo, Asunción, era el primero de una larga hilera de poblados similares que seguían la costa del canal. Menciona además que los nativos usaban canoas de 24 pies de largo hechas de tablas de pino amarradas con cuerdas y recubiertas de brea, capaces de llevar diez pescadores. Bancroft considera que el pueblo descrito corresponde al mismo sitio de la fundación de la misión de San Buenaventura.¹¹

Esta fundación fue seguida por el establecimiento de otras dos misiones en la misma región: Santa Bárbara en 1786 y La Purísima Concepción en 1787, ambas por fray Fermín Lasuén para atender a la población chumash. Lasuén estableció la misión de Santa Cruz en agosto de 1791 y Nuestra Señora de la Soledad, tierra adentro, en octubre del mismo año, completando así el establecimiento de trece misiones.

Después de una interrupción de seis años, Lasuén fundó cuatro misiones entre junio y septiembre de 1797: San José, San Juan Bautista, San Miguel Arcángel y San Fernando Rey. Al año siguiente se estableció la de San Luis Rey entre las misiones de San Diego y San Juan Capistrano, con la finalidad de atender la evangelización de algunos grupos shoshonean del desierto. De nuevo en el Canal de Santa Bárbara, en el área chumash, se fundó la misión de Santa Inés el 17 de septiembre de 1804 con el bautizo de 27 niños chumash y el registro de un

gran número de indígenas locales, incluyendo a tres “capitanes”.¹²

Las últimas dos fundaciones se ubican al norte de San Francisco: San Rafael Arcángel y San Francisco Solano. El caso de San Rafael es único; se fundó como hospital para atender al gran número de enfermos de la misión de San Francisco de Asís y de las misiones cercanas. Debido al clima frío y húmedo de la región de la bahía de San Francisco, la incidencia de enfermedades de las vías respiratorias era muy alta. En un inicio se trasladaron al hospital-asistencia de San Rafael Arcángel aproximadamente 230 neófitos, y para finales de 1820 contaba con 590.

En 1823 José Altimira estableció la misión de San Francisco Solano, con la intención de trasladar la misión de San Francisco de Asís a un lugar más propicio para el desarrollo de la agricultura y la evangelización, preocupado además por la salud de los neófitos de la misión. Esta idea se había planteado desde 1822, y Mariano Payeras y el gobernado Argüello consideraban la posibilidad de suprimir las misiones de Santa Cruz y de San Francisco, además de la asistencia de San Rafael, para concentrar la población de los tres conjuntos en un solo lugar. Por diferencias de opinión y tensiones entre los misioneros no se llevó a cabo la supresión de ninguna de las misiones, y Altimira se quedó únicamente con el control de la nueva y última misión de San Francisco Solano. A diferencia de los establecimientos realizados en los primeros años, esta fundación tardía creció con gran rapidez, construyéndose edificios de adobe y consolidando el desarrollo agrícola en pocos años.¹³ Sin embargo, su vida fue corta debido al inicio del proceso de secularización en 1834.

¹¹ *Ibidem*, p. 147.

¹² *Ibidem*, p. 29.

¹³ *Ibidem*, p. 505.

El asentamiento misional

Al establecer una misión, los misioneros, con la ayuda de la población nativa y/o soldados, erigían estructuras provisionales que podían fungir como templos y habitaciones. Conforme se consolidaba el enclave, se iban remplazando con estructuras de mayor durabilidad, siendo el material más utilizado la tierra, en estructuras de adobe o de varas consolidadas con lodo. Por las características de la misión, como enclave que aspiraba a la autosuficiencia, se generó un programa arquitectónico complejo, que en algunos aspectos recuerda las grandes haciendas agrícolas.

En la Alta California no se puede hablar propiamente de un convento, salvo en el caso de la Misión de San Fernando o La Purísima Concepción, sino lo que los documentos de la época refieren como el “cuadro grande” o “el cuadro de la misión”. Este edificio, adyacente al templo, encierra una gran diversidad de actividades y funciones; además de albergar las habitaciones para los frailes, tiene espacios destinados para almacenar granos, para actividades de manufactura y comunitarias como la preparación de alimentos, y para la habitación de algunos sectores de la población indígena. Aparece en el programa arquitectónico el *monjerío*, espacio destinado a albergar a niñas y mujeres no casadas. Con la incorporación de estos espacios, el patio central adquiere dimensiones mayores a las que se presentan en las otras regiones. Por otra parte, en la Alta California el cuadro grande solía tener largas arcadas tanto en el interior como en su fachada, abriéndose hacia la explanada frente al templo. En torno a un núcleo central de templo y cuadro grande se establecían corrales, eras, molinos, infraestructura hidráulica y los edificios propios de la guardia militar que se quedaba en la misión.

El cuadro grande y la explanada, en conjunto con espacios semi-abiertos como las largas arcadas que caracterizan a las misiones de la Alta California, eran centrales a la vida cotidiana en las misiones; siendo así, las caracterizaciones de la arquitectura misional en términos únicamente de los edificios que conformaban el núcleo de los conjuntos da como resultado una imagen incompleta de la misión.

Para el caso de la Alta California, los espacios abiertos contrastan en forma y escala con los espacios que podrían entenderse como equivalentes de la arquitectura para la evangelización de los siglos XVI y XVII en el centro y sur de la Nueva España. El claustro del conjunto conventual del siglo XVI difiere en forma, escala y uso con el cuadro grande, a pesar de compartir su ubicación a un lado del templo. La explanada, el espacio poco definido al frente de la misión, poco recuerda los atrios delimitados y utilizados como espacios sagrados de los conjuntos anteriores.

De atrio a explanada

Al comprender la empresa misional de la Alta California como la culminación del trabajo de los franciscanos en la Nueva España y el último eslabón en la cristianización de la población nativa, se esperaría encontrar reflejada en ella las experiencias previas de la orden. Más de doscientos años de experiencia misional y la construcción de numerosos conventos y misiones en otras partes del virreinato, además de una importante labor en otros territorios americanos, antecedieron el establecimiento de las misiones de la Alta California. La comparación de la forma de los asentamientos misionales, las características de los edificios que conformaban los conjuntos y, por supuesto, las dimensiones, forma y

uso de los espacios abiertos entre las misiones del norte y los antecedentes del centro de la Nueva España permite comprender la manera en que el territorio y su población, en conjunto con políticas y estrategias misionales, determinan la espacialidad resultante.

Para los conjuntos conventuales del centro de la Nueva España erigidos en los siglos XVI y XVII la literatura es muy amplia, y la atención dada al uso de los espacios abiertos sumamente relevante. Las dimensiones y cualidades de los espacios abiertos intrigaron a investigadores y se gestaron estudios particulares enfocados a ellos como una particularidad de la arquitectura novohispana en relación con antecedentes europeos.¹⁴ Los espacios abiertos han seguido siendo un aspecto de interés en estudios sobre el tema de la arquitectura conventual de la Nueva España en los últimos años.¹⁵

Uno de los espacios abiertos particularmente notable para el caso de la Nueva España es el atrio, tanto por sus dimensiones como por los usos dados en él. Aunque es difícil generalizar en un territorio tan amplio en el que se erigieron conventos de diversas jerarquías por las diferentes órdenes mendicantes, sin duda son notables algunas características relativamente constantes.

Los atrios solían ser espacios claramente definidos, por lo general delimitados por bardas perimetrales. Su geometría era regular, usualmente

cuadrangular, aunque de diversas dimensiones. Se contaba con elementos que articulaban el espacio, tales como capillas abiertas o capillas posas, cruces y caminos procesionales que atestiguan el uso ritual del espacio. A pesar de hospedar diversas actividades, que podían incluir la enseñanza, se trataba de un espacio sagrado.¹⁶ Estas características aparecen en prácticamente todos los conjuntos conventuales con función misional construidos en el centro de la Nueva España, inclusive en sitios alejados como la Sierra Gorda de Querétaro. Allí las misiones franciscanas que datan del siglo XVIII mantienen el patrón establecido desde el siglo XVI en el centro de la Nueva España.

No así el caso del septentrión, donde la diversidad sugiere adaptaciones particulares a las condiciones culturales locales y a las necesidades de conjuntos misionales que en ocasiones eran enclaves aislados, no urbanos, y tendientes hacia la autosuficiencia. Para el caso de las misiones de la Alta California, frente al conjunto nuclear, en el lugar que en el sur ocupaba el atrio, se tenía una suerte de explanada,¹⁷ poco definida en su geometría y con una delimitación poco clara. Algunas estructuras, como el templo, el cuadro grande, las casas de los soldados, el mayordomo o de los neófitos, podían darle cierto carácter de encierro, pero no se tienen evidencias de atrios cuadrados o rectangulares claramente delimitados. La ilustración de Miller de la Misión de San Miguel muestra la distribución de las viviendas de los neófitos en "L", a un lado

¹⁴ Destaca entre estas investigaciones el libro de George Kubler, *Mexican Architecture of the Sixteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 1948, que dedica un capítulo a lo que designa "otros tipos de arquitectura religiosa" (hay traducción al español, George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1983). Casi dos décadas después, el tema recibiría mayor atención en John McAndrew, *Open-air Churches of Sixteenth Century Mexico. Atrio, Posas, Open Chapels and Other Studies*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

¹⁵ Véase Carlos Chanfón Olmos (coord.), *op. cit.*; Mario Sartor, *Arquitectura y urbanismo del siglo XVI*, México, Grupo Azabache, 1994; Samuel Edgerton, *Theaters of Conversion*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2001.

¹⁶ Acerca de las actividades, véase el análisis de Carlos Chanfón Olmos sobre la lám. *Rhetórica Christiana* de Diego de Valadés, incluida en Carlos Chanfón Olmos (coord.), *op. cit.*

¹⁷ Se ha optado en este trabajo por utilizar el término "explanada" para referirse a este espacio, en virtud de considerar que la palabra "plaza" tiene connotaciones urbanas. "Explanada" se define como "espacio de tierra allanada". *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española, 1992.

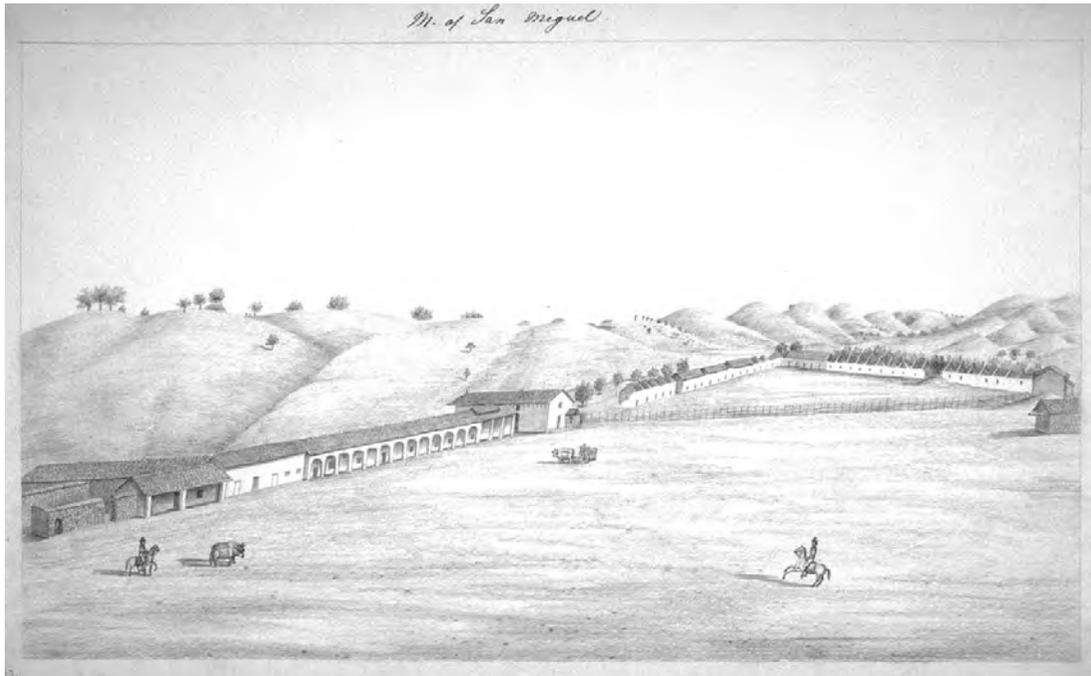


Figura 2. Misión de San Miguel en 1856. Henry Miller. Biblioteca Bancroft: BANC PIC 1905.00006-B.

del conjunto delimitando por un lado la explanada (figura 2). Varias ilustraciones muestran la Misión de Santa Bárbara con la vivienda de los neófitos por un lado y de los soldados, elementos que en conjunto definen la explanada sin generar un espacio completamente cerrado (figura 3). Esta disposición se observa en imágenes de la Misión de San Antonio Padua (figura 4). En San Luis Rey el registro arqueológico ha revelado que frente al templo-cuadro grande se encontraban varias estructuras que daban cierto carácter de encierro al espacio. Éstas incluían las casas de los neófitos, las casas de las guardias, diversos talleres y un jardín.¹⁸

La presencia de una cruz o de un campanario, cuando el templo misional no contaban con torre

¹⁸ Anita Cohen-Williams, "Archaeological Investigations of the Sunken Gardens of Mission San Luis Rey, California", en Rose Marie Beebe y Robert M. Senkewicz (eds.), *Architecture, Physical Environment, and Society in Alta California*, Santa Clara, CMSA, 2005, pp. 13-64.

o espadaña, era usual, pero también lo eran estructuras prácticas para usos profanos: lavaderos, eras, cisternas e instalaciones hidráulicas diversas. En la actualidad aún se conserva el lavadero en la explanada de la Misión de Santa Bárbara, frente al cuadro grande. Según se observa en ilustraciones de Edward Vischer, en la Misión de San Antonio Padua la tenería ocupaba espacios frente a la misión; en San Luis Rey un jardín amurallado, y un pozo en la Misión de San Francisco de Asís. En la Misión de San José, en la explanada frente al templo también había la fuente donde se lavaba ropa y se bañaban los neófitos.

La escala de estos espacios es inmensa; si bien no se asemeja al atrio, tampoco se parece a una plaza urbana, tanto por su carácter abierto como por su morfología. Contrasta en su falta de ortogonalidad y de delimitación con los antecedentes franciscanos en la Nueva España, donde el atrio se encontraba frente al templo como un espacio claramente

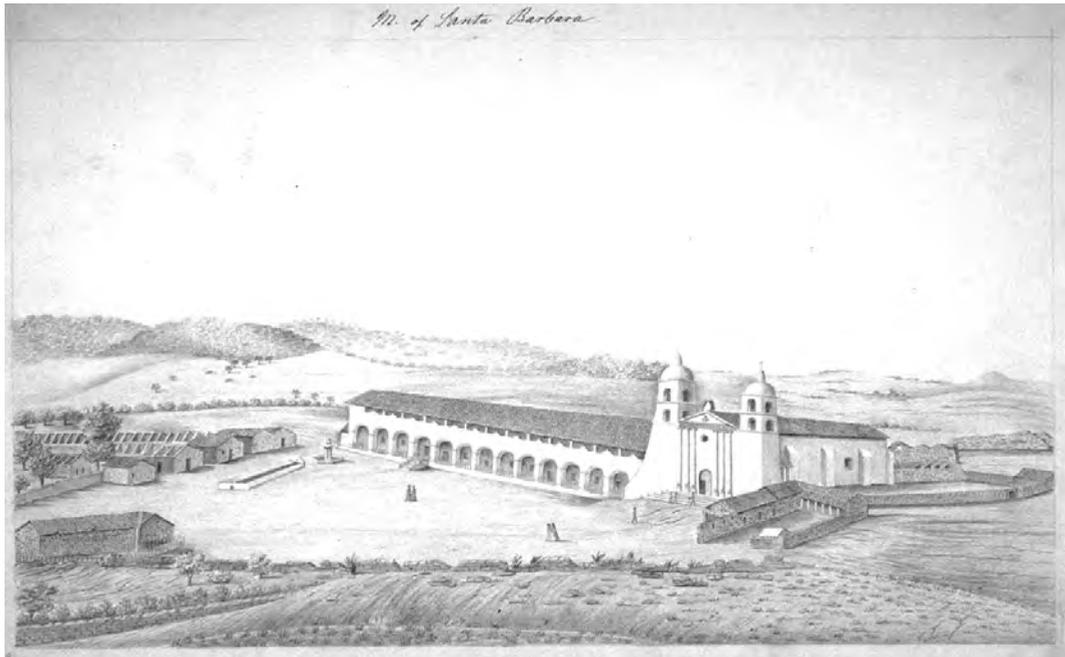


Figura 3. La Misión de Santa Bárbara en 1856. Henry Miller. Biblioteca Bancroft: BANC PIC 1905.00006-B.

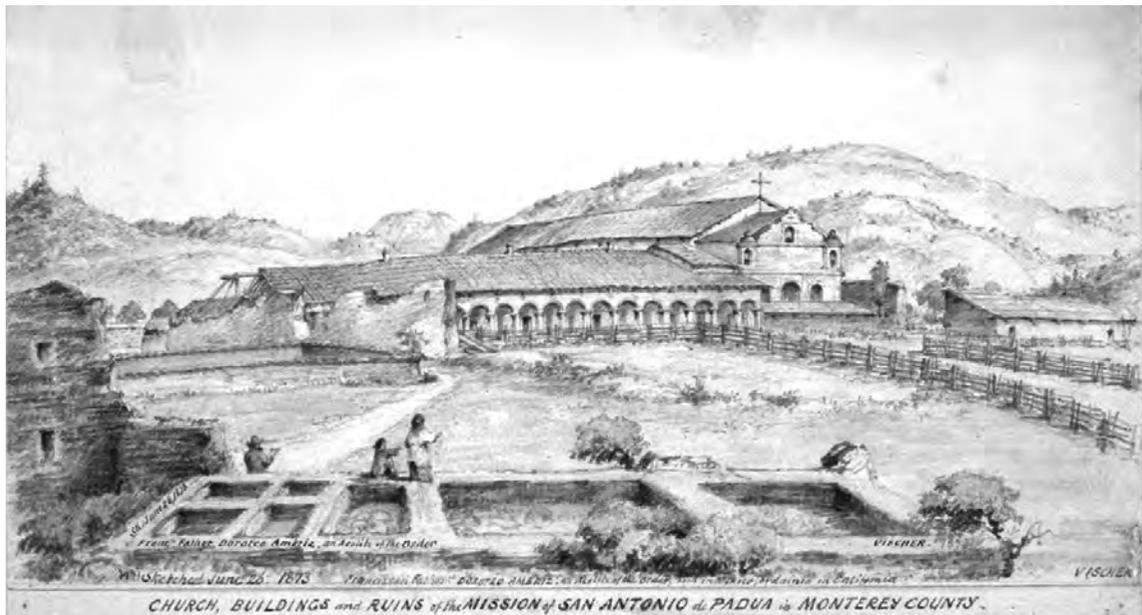


Figura 4. En esta imagen de San Antonio de Padua destaca lo que quedaba de la tenería. Edward Vischer, 1878. Biblioteca Bancroft: BANC PIC 19x.039-ALB.

delimitado con un carácter geométrico rígido, articulado por una cruz central y capillas posas.

Entre los aspectos más interesantes en referencia a la explanada destacan los usos. Recordando al atrio

como un espacio de procesiones y de ritual, actividad que dejó huella en la forma misma del espacio, resalta en las misiones californianas los usos diversos, y en muchas ocasiones profanas, de este espacio.

Como uso religioso, Edith Webb describió el uso de la explanada para procesiones: “Los jueves santos, los padres acompañados por los alcólitos, y los fieles, todos en atuendo de fiesta, emergían del templo para recorrer con reverencia la ‘plaza’ con el Santísimo.”¹⁹ Seguramente esta función era común en las misiones, aunque hay pocos datos al respecto. Con relación a usos profanos, las referencias abundan. Llama la atención en relación con el uso ritual del espacio, la permanencia de prácticas nativas, en particular la realización de danzas.

Los bailes eran una parte importantísima de la cultura nativa californiana, y de hecho los primeros exploradores fueron recibidos con esta tradición. La continuidad de la práctica de los bailes varió según la misión; mientras algunos de los misioneros los permitían, otros consideraban que debían de erradicarse. En 1802 Raymundo Carrillo, del presidio de Santa Bárbara, informó que:

Tambien les permiten sus Bayles ala usanza De su Gentilidad, pero de estos Bayles hise ver alos Misioneros de San Carlos y San Antonio, que no era conveniente permitirselo en la rancheria de parte de noche en union de la Muger por las malas resultan que se origina de este genero de diversiones, y varias ofensas graves que cometen por ser mui inclinados alo malo.²⁰

Los frailes catalanes Magin Catalá y José Viader, residentes de la misión de Santa Clara de Asís, se quejaron del vicio de los indios por las danzas y describieron la manera en que, como parte del festejo del día de San José en 1831, después de la misa los indígenas bailaron, pintados de rojo y negro y vestidos con plumas.²¹ Sin

embargo, no todos los frailes reprobaban esta actividad. Una de las imágenes más antiguas de los indígenas de California en atuendo ceremonial proviene de la expedición en que participó Langsdorff. En la descripción de su visita a la misión de San José, Langsdorff relata cómo el padre fue quien se encargó de organizar festividades que incluyeran bailes tradicionales:

La mañana del día 21 estaban reunidos todos los neófitos para recibir sus instrucciones de trabajo para el día por parte de fray Pedro. El había prometido entretenerme con una danza de indios en la misión, cuando lo vi en San Francisco. Por eso, anunció a los neófitos que tendrían un día festivo y que podían vestirse con su mejor atuendo y prepararse para el baile. Distribuyó para este fin un número de ornamentos entre los mejores danzantes, quienes inmediatamente se retiraron para hacer los preparativos necesarios.²²

Estos bailes se realizaban frente al templo, como muestra la ilustración de Louis Choris, pintor ruso que acompañó a la expedición de Vancouver. Este artista retrató unas danzas indígenas frente a la misión de San Francisco de Asís en 1816. En la imagen resalta no únicamente el uso de la explanada de la misión para estas danzas, sino también el contraste entre la vestimenta tradicional de los hombres, la semidesnudez de las mujeres y la cruz cristiana como elemento central en la composición (figura 5).

²² Freiherr von Langsdorff, citado en Francis J. Weber, (comp.), *Prominent Visitors to the California Missions*, Los Ángeles, Dawson's Bookshop, 1991, p. 53, Texto traducido por la autora: “On the morning of the 21st all the Indian neófitos were assembled to receive from Fray Pedro their allotted work for the day. He had promised, when I saw him at San Francisco, to entertain me with an Indian dance at his Misión, and he therefore now announced to them that they should have a holiday, and that they might dress themselves in their best and prepare for the dance. He distributed, for this purpose, a number of ornaments among the best dancers, who immediately withdrew with them to make the necessary preparation”.

¹⁹ Edith Webb, *Indian Life at the Old Missions*, Los Ángeles, Warren F. Lewis Publishers, 1958, pp. 268-269.

²⁰ AGN, Provincias internas, vol. 216, f. 111v.

²¹ *Idem*.



Figura 5. Pintura de Louis Choris, *Danse des Californiens*, 1816. Biblioteca Bancroft: BANC-PIC 1963.002:1312-FR.

El registro arqueológico nos da otra visión del uso de este espacio. El escenario de las ceremonias y danzas descritas también era escenario de actividades cotidianas. En varias misiones se tenían en este espacio las instalaciones de agua: el pozo y la era en San Antonio Padua, el lavadero en Santa Bárbara, cisternas en Santa Clara. En varios sitios existía además una relación directa con las áreas de producción (tenerías, molinos, etcétera) y los corrales para animales. Auguste Duhaut-Cilly, quien visitó la misión de San Carlos Borromeo en 1826, describe la fuente frente al templo, donde las mujeres estaban ocupadas lavando.²³

En este sentido destacan entre las diferencias la misma concepción del espacio frente al templo, que de ser sagrado en el centro de la Nueva España pasa a tener muy diversas funciones, en ocasiones relacionadas con el ritual católico, en

otras con el ritual indígena, además de albergar lo cotidiano. En relación con este último aspecto, se recuerda la importancia de la misión en la Alta California como empresa agrícola, encargada no únicamente de su propio sustento, sino también de abastecer a los presidios no sólo de productos agrícolas, sino también con manufacturas como jabón, zapatos, sillas de montar, velas y cobijas, entre otras.²⁴ Así, el conjunto misional debe

²⁴ Por supuesto que no todas las misiones lograban gran producción agrícola, y además debe reconocerse que el auge de la producción se dio entre 1790 y 1910. Steven W. Hackel, "Land, Labor and Production; the Colonial Economy of Spanish and Mexican California", en Ramón Gutiérrez y Richard J. Orsi, *Contested Eden; California Before the Gold Rush*, Berkeley, University of California Press, 1998, p. 116; Robert H. Jackson y Edward Castillo, *Indians, Franciscans and Spanish Colonization; the Impact of the Mission System on California Indians*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995, p. 27; David Hornbeck, "Economic Growth and Change at the Missions of Alta California, 1769-1846", en David Hurst Thomas, *Columbian Consequences*, Washington, D.C., The Smithsonian Institution Press, 1989, pp. 423-431.

²³ Francis J. Weber, (comp.), *op. cit.*, p. 103.

entenderse como mucho más que templo y habitaciones; conformaba un conjunto productivo que se asemeja en cierto sentido a las haciendas.

La explanada —escenario de espectáculos taurinos, danzas indígenas tradicionales, a la vez que lugar para actividades cotidianas tan básicas como el lavado de la ropa— a pesar de ser sitio de algunas representaciones religiosas, muestra un contraste notable con el atrio de los conjuntos franciscanos de los siglos XVI y XVII, pues en ellos este espacio, sagrado por excelencia, no se utilizaba para lo profano. Las descripciones de los indígenas con atuendos de plumas, caras pintadas y ornamentos de semillas y frutas celebrando danzas durante las festividades religiosas propias de las misiones, nos hablan de un sincretismo poco tratado para el caso del norte.²⁵

Otro aspecto que destaca se relaciona con la forma. En muchas de las zonas de misiones, como la Baja California y Nuevo México, se observa un emplazamiento que da lugar a la formación de una plaza frente al templo con miras a una incipiente estructura de pueblo. En el caso de California, la distribución de los elementos y el carácter de encierro relacionado con la vivienda gestan una espacialidad muy distinta.

De claustro a cuadro grande

Los conjuntos misionales de la Alta California conservan muy poco de su fábrica original; en muchos conjuntos las edificaciones del cuadro grande se han perdido por completo y han sido reemplazadas por construcciones modernas, que en el mejor de los casos respetan la distribución original. Para conocer la distribución

²⁵ Julie C. Wizorek y Russel Skowronek, "From Sacred to Profane: Transforming the 'City of God' on the Alta California Frontier", en 16º Anual Congress, California Mission Studies Association, Solvang, California, 13 February 1999, pp. 4-5.

general y las dimensiones aproximadas de los conjuntos se cuenta con varios levantamientos topográficos dibujados en 1857. Éstos se elaboraron a una escala muy reducida, por lo que se aprecia únicamente la mancha de las construcciones. Sin embargo, permiten una aproximación al tamaño de los patios en los casos donde no se cuenta con otro dato. Por otra parte, para trece de los 21 conjuntos misionales se cuenta con levantamientos arquitectónicos detallados, elaborados en el marco del proyecto "Historical American Buildings Survey" (HABS). Estos registros proporcionan una información detallada sobre las estructuras existentes en ese momento, en algunos casos únicamente el templo.

El claustro se identifica como antecedente del cuadro grande por su lugar en la conformación del núcleo misional; guarda el patrón de convento en un espacio centralizado en torno a un patio central con corredores perimetrales anexo al templo, usualmente con el templo formando un lado del cuadro. Así, el patrón del templo con un edificio cuadrangular anexo construido en torno a un espacio abierto es constante; sin embargo, a pesar de esta similitud tipológica presenta diferencias relevantes en dimensión, forma y uso.

La primera diferencia que salta a la vista es la cuestión de escala. Por lo general, en el siglo XVI el patio del convento novohispano se reservaba para los frailes,²⁶ y aun cuando el patio de convento se convirtió en espacio público con la construcción de las grandes casas, donde el clero regular admi-

²⁶ Aunque no hubo clausura en el sentido monástico en los conjuntos conventuales de la Nueva España, el convento era la residencia de los frailes, no el centro de la vida comunitaria. Aun en las casas grandes que administraban provincias amplias y donde el patio se convirtió en un espacio público, no tenía la diversidad de funciones ni el papel central dentro del asentamiento que tuvo el patio del cuadro grande en la misión.

Tabla 2. Comparación de dimensiones de patios novohispanos (conventuales y misionales)^a

<i>Conjunto conventual o misional</i>	<i>Medidas del patio (metros)</i>	<i>Geometría</i>
<i>Nueva España (siglos XVI y XVII)</i>		
Huejotzingo	20 x 20	Cuadrada
Epazoyucan, Hidalgo	19 x 19	Cuadrada
Actopan	22 x 22	Cuadrada
Tarímbaro	20 x 20	Cuadrada
<i>Nuevo México (siglo XVII)</i>		
Abó	10 x 13 y 17 x 18	Ortogonal
Quarai	14 x 14	Cuadrada
<i>Sierra Gorda (siglo XVIII)</i>		
Jalpan	25 x 25	Cuadrada
Luz de Tancoyol	20 x 25	Ortogonal
<i>Alta California</i>		
San Diego de Alcalá	45 x 45	Ortogonal
San Carlos Borromeo	58/75 – 85	No ortogonal
San Antonio Padua	73/60 x 60/50	No ortogonal
San Luis Obispo	75 x 45	No ortogonal
San Juan Capistrano	61 x 61	No ortogonal
Santa Bárbara	33 x 48	Ortogonal
Santa Cruz	60 x 60	Ortogonal
La Soledad	45 x 60	Ortogonal
San Juan Bautista	66 x 53	No ortogonal
San Miguel Arcángel	76 x 66	Ligeramente desviado
San Fernando Rey	89 x 96	Ortogonal
San Luis Rey	85 x 75	Ortogonal
Santa Inés	90 x 75	Ortogonal
San Francisco Solano	40 x 40	Ortogonal

^a En virtud de que varios de los conjuntos citados de la Alta California ya no existen, se tomó como base para las dimensiones citadas los levantamientos HABS de la década de 1930. Para las misiones de Santa Inés, San Fernando y San Diego las dimensiones dadas se basan en las reconstrucciones realizadas por Zephyrin Englehardt y son aproximadas. Para Santa Cruz se utilizó el levantamiento arqueológico publicado en Rebecca Allen, *Native Americans at Misión Santa Cruz, 1791-1834*, Los Ángeles, Institute of Archaeology, University of California, 1998. En San Francisco Solano el patio no existe en la actualidad; sin embargo, según la reconstrucción arqueológica propuesta por D. L. Felton y G. J. Farris en diciembre de 1996, "A Short History of Historical Archeology at Sonoma State Historic Park" (manuscrito no publicado), es probable que el cuadro grande haya tenido estas dimensiones.

nistraba las provincias a su cargo, no tenía la diversidad de funciones que en la misión de la Alta California. Con la finalidad de facilitar la comprensión del contraste en escala, se elaboró una tabla que plasma de manera sintética las dimensiones aproximadas de los patios centrales de algunos conjuntos de arquitectura franciscana para la evangelización en la Nueva España (tabla 2).

La tabla 2 ilustra la particularidad de la misión californiana en cuanto a la generosidad de sus espacios abiertos, relacionada sin duda con su multifuncionalidad. Otro aspecto que también permite explicar las dimensiones era la necesidad de encierro. En las misiones de la Alta California los neófitos tenían que residir en la misión y la huida se castigaba. En el caso de las mujeres la

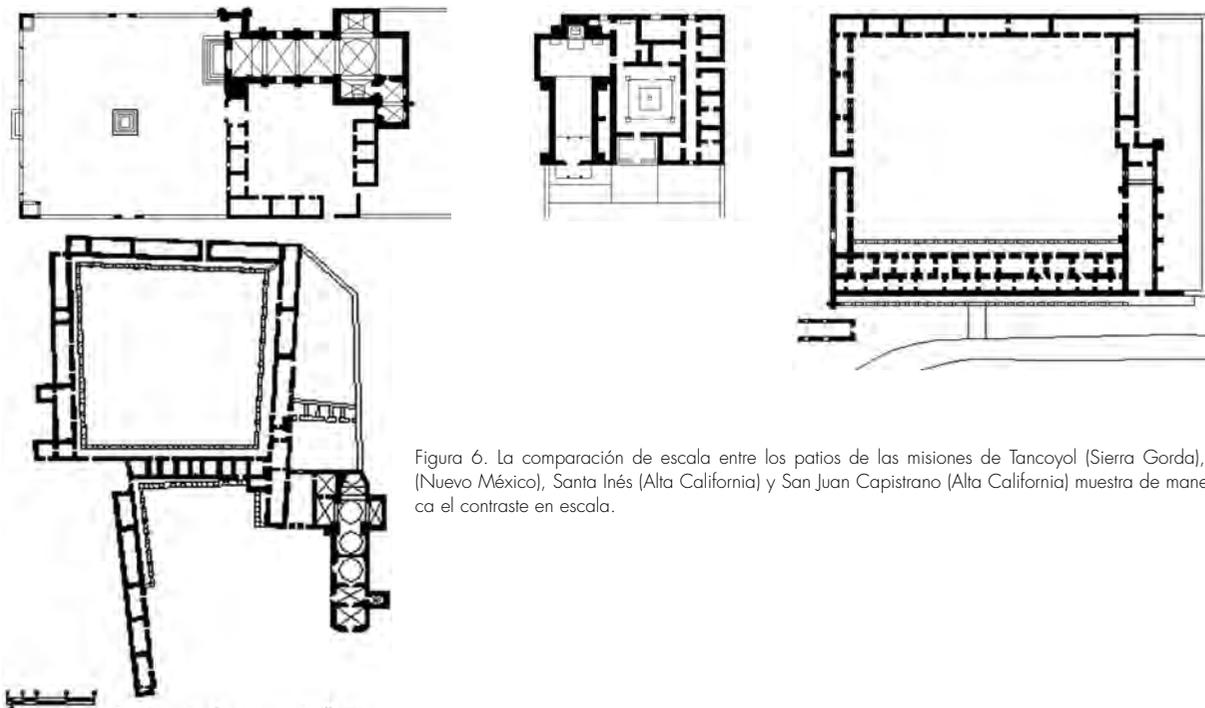


Figura 6. La comparación de escala entre los patios de las misiones de Tancoyol (Sierra Gorda), Quarai (Nuevo México), Santa Inés (Alta California) y San Juan Capistrano (Alta California) muestra de manera gráfica el contraste en escala.

clausura era mayor. La forma del cuadro grande permitía el encierro y según los documentos el padre cerraba el cuadro en la noche para evitar que entraran o salieran personas de la misión.

Las modificaciones a través del tiempo dificultan conocer los rasgos espaciales originales. Los patios misionales existentes hoy en día lucen jardines, con trazas radiales en algunos lugares y fuentes centrales, que probablemente tengan mayor relación con la idea de sus reconstructores que con alguna cualidad original. En la Misión de Santa Bárbara el patio actual está limitado en dos de sus costados por construcciones de principios del siglo xx, que probablemente redujeron las dimensiones originales de este espacio.

Aunque con base en las estructuras existentes actuales y los registros mencionados no es posible conocer a detalle las características de cada uno de los patios, la mayoría tenían portales en tres o cuatro de sus lados. Había arcadas en los patios de San Luis Rey, San Juan Capistra-

no y Santa Inés. En los demás conjuntos se trataba de estructuras trabeadas; las cubiertas de estos corredores descansaban sobre pilares de ladrillo o pies derechos. Las cubiertas, en un principio construidas de morillos y zacate, se elaboraban con viguería o morillo y teja de barro al final del periodo misional.

Por lo general, en la Alta California se trata de patios rectangulares; sin embargo, en numerosos sitios no existe ortogonalidad en la disposición general del conjunto, rasgo que no se ha explicado. En el caso de la relación entre el templo y el cuadro grande de San Juan Bautista y de la casa de los padres y el templo de la Misión de San Gabriel es curiosa la desviación del eje del templo respecto a las demás construcciones, lo cual podría obedecer a la necesidad de adaptar nuevas construcciones a lo existente en el paulatino proceso de consolidación de la arquitectura de los conjuntos, o bien a deficientes procesos de trazo en los inicios de la construcción.

En cuanto a uso, al igual que en el caso de la explanada, se trata de un espacio con funciones muy diversas, siendo las principales las relacionadas con las manufacturas. El patio del cuadro grande puede concebirse como el centro de actividades de la misión, y el uso de este espacio abierto para una gran variedad de actividades lo distingue de sus antecedentes en el centro de la Nueva España. Podía contener instalaciones como el pozo de agua, fogones comunitarios y tanques donde se fermentaba la uva para la fabricación de vino de mesa. En San Juan Capistrano había una torre al centro, “a manera de vigía”. En San Juan Bautista y en San Gabriel el pozo de agua estaba en el cuadro grande, en San Luis Obispo se trataba del horno, en San Antonio de Padua estaban los cubos para fermentar la uva para vino, por nombrar algunos ejemplos que muestran el carácter del patio como espacio para funciones diversas.

144 |

Por este espacio transitaban, trabajaban y convivían todos aquellos que habitaban en la comunidad misional. La ubicación de talleres y áreas productivas en torno al patio determinaba en cierta medida la extensión de estas actividades hacia el patio. La tenería, la carpintería, el molino, la fragua o la fábrica de vino se encontraban en el cuadro grande; muchas actividades relacionadas se realizaban en el patio o bajo la sombra de los pórticos anexos.

En una de las descripciones más sorprendentes sobre el uso del cuadro grande, Auguste Duhaut-Cilly, quien visitó California en 1826, retrató una corrida de toros en el patio del cuadro grande de la Misión de San Luis Rey. En la corrida, según el viajero francés, se dedicaban a provocar al toro sin llegar a matarlo; abrían una puerta hacia el llano y lo dejaban salir. Duhaut-Cilly presenció este evento, junto a las mujeres indígenas, desde la arcada afuera de las habitaciones de los

frailes.²⁷ Este relato no deja ninguna duda en cuanto a las modificaciones en la concepción de este espacio en el tránsito hacia el norte, y lo distante que quedó de la noción de un claustro.

Los corredores porticados

Las largas arcadas al frente y circundando el patio interior del cuadro grande constituyen un elemento distintivo de la arquitectura misional de la Alta California. Si bien el largo de la arcada frontal es en promedio de 57 metros, hay ejemplos impresionantes como es el caso de la misión de San Luis Rey cerca de San Diego, que tiene una arcada de 135 metros de largo.

Al observar este elemento se pregunta uno por su uso. Los informes anuales retratan un proceso de construcción de conjuntos que se caracterizaba por escasos recursos frente a grandes necesidades. En este esquema no se desperdiciaban los recursos en elementos superfluos, por lo que habría que entender estos espacios cubiertos no sólo como áreas de liga y tránsito entre los diferentes aposentos, ni únicamente como elementos de protección de las fachadas de adobe, sino como espacios de uso cotidiano, tal como sugiere la documentación misional y los diarios de viajeros.

Al interior del cuadro los corredores podían fungir como extensiones del espacio productivo. En las áreas aledañas al monjerío o taller de textiles las mujeres realizaban su trabajo con telares de cintura, al igual que el trabajo de cestería y de cerámica. En el levantamiento de San Antonio de Padua se aprecia la ubicación de los cubos para fermentar el vino dentro del corredor interior de la crujía frontal. Por otra parte, los corre-

²⁷ Zephyrin Englehardt, *The Missions and Missionaries of California: San Luis Rey Mission*, San Francisco, James H. Barry Co., 1920, pp. 58-60.

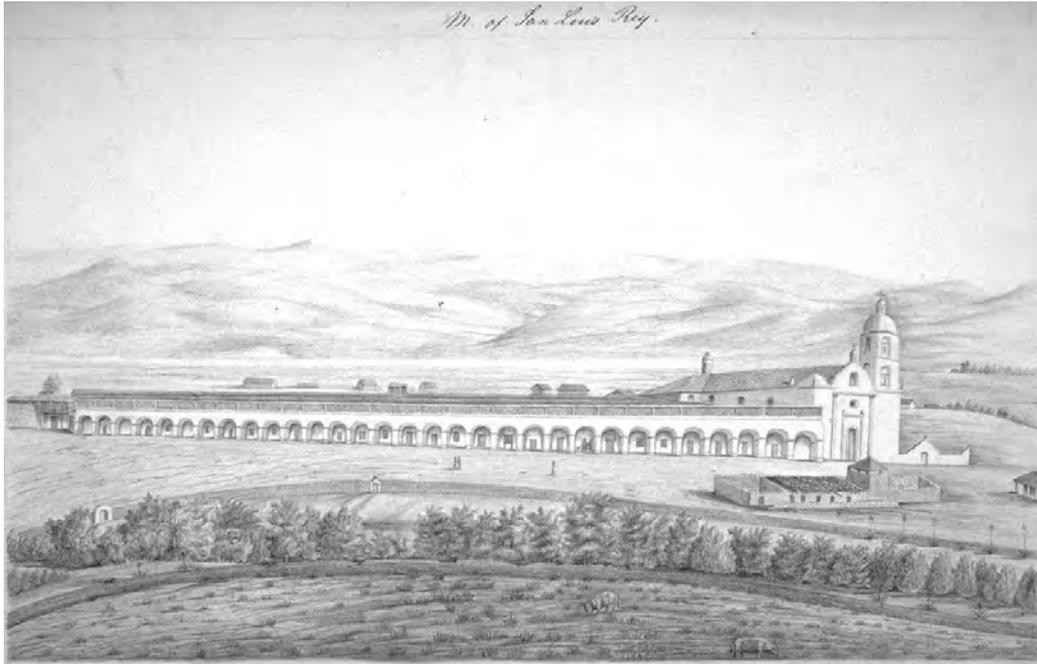


Figura 7. Fachada de la Misión de San Luis Rey en 1856. Henry Miller. Biblioteca Bancroft: BANC PIC 1905.00006-B.

dores extendían el área de trabajo de los talleres de textiles y de las tenerías, proveyendo espacios sombreados para el trabajo.²⁸

Si bien prácticamente todas las misiones tenían dormitorios para mujeres, la construcción de dormitorios para hombres parece haber sido menos común. Este hecho se había explicado con la idea de la mayor libertad de movimiento de los hombres; en este caso se atribuía su construcción al riesgo de huida de la población masculina en algunas regiones. Sin embargo, se encontró una referencia al uso de las arcadas del cuadro grande como lugar de pernoctar de los neófitos que podría indicar un uso generalizado de este espacio. Fray Gregorio Fernández, de la Misión de la Purísima Concepción, informó en 1800 que los solteros dormían en la pozolera y en los corredores del cuadro grande, señalando

que ambos espacios se encontraban fuera de clausura.²⁹ Este uso no sorprende, dada la costumbre nativa de dormir al aire libre o bajo sombras. Además de fungir como dormitorios, por lo menos en algunos lugares los corredores se utilizaban para la realización de actividades productivas.

Los patios menores

En los informes de las misiones hay referencias a patios menores o, en algunos de los sitios, a un segundo cuadro. Estos patios se podían generar en función de las necesidades del hospital, del monjerío, de algunos talleres, o bien eran jardines privados para los frailes.

En 1797 se cerró un “segundo cuadro” en Santa Bárbara con graneros y talleres.³⁰ Englehardt

²⁸ *Historical American Buildings Survey*, Library of Congress, Washington, D.C. Ilustraciones disponibles en http://memory.loc.gov/ammem/collections/habs_haer/

²⁹ AGN, Provincias internas, vol. 216, f. 91v.

³⁰ Maynard Geiger, *Mission Santa Barbara, 1782-1965*, Santa Barbara, Franciscan Fathers of California, 1965, p. 42.

también menciona que se terminó un “lienzo doble del cuadro” para la Misión de San Luis Obispo en 1819, sin indicar los aposentos que lo rodeaban.³¹ En algunos lugares el conjunto del hospital con su capilla probablemente formó un segundo patio. Tal es el caso de San Juan Capistrano, donde la ubicación de las ruinas del hospital atrás del cuadro grande sugiere esta disposición. Los reportes provenientes de esta misión mencionan la construcción del hospital con patio en 1814, aunque no especifican su relación con el cuadro grande. Entre 1775 y 1783 se construyeron en la Misión de San Gabriel el monjerío y el dormitorio de hombres en torno a un patio que formaba un segundo cuadro, es decir, anexo al cuadro grande.

Patios de menores dimensiones parecen haber sido comunes para dar ventilación e instalaciones sanitarias al monjerío, a la vez que proporcionaba un espacio privado para las mujeres donde podían hacer uso de las fuentes o piscinas para bañarse. En la Misión de Santa Bárbara en 1794 se unió el monjerío con el taller para los telares, por medio de un patio que medía 10 x 18 varas.³² En 1805 se construyó un patio de 26 x 16 varas que comunicaba el cuadro grande y el monjerío en San Luis Rey con la fuente y la cloaca.³³ En el reporte anual de Santa Cruz se informa que en 1821 se construyeron dos muros para formar el patio del monjerío “con zanja de agua”, que entendemos como drenaje. Edith Webb afirma que en las misiones de San Gabriel y San José había piscinas, para que las mujeres pudieran bañarse en un patio privado anexo al monjerío.³⁴ Por el énfasis hecho, aún en los informes

³¹ Zephyrin Englehardt, *Mission San Luis Obispo in the Valley of the Bears*, Santa Bárbara, Mission Santa Barbara, 1933, pp. 56-57.

³² Maynard Geiger, *op. cit.*

³³ Zephyrin Englehardt, *op. cit.*, p. 19.

³⁴ Edith Webb, *op. cit.*, p. 116.

de los misioneros, sobre las instalaciones con las que contaban estos patios, no queda duda de que la función principal era mejorar las condiciones higiénicas de las áreas de vivienda de las mujeres. Los patios permitían una mejor ventilación y desalojo de desechos del monjerío sin modificar el carácter de encierro. En ocasiones tenían también la función de comunicar al monjerío con las áreas de labores de las mujeres.

La Misión de San Luis Rey tiene la particularidad de contar con un pequeño jardín privado entre el templo y el cuadro grande, que según la tradición del lugar era para uso de los frailes. Desafortunadamente estos espacios no han sobrevivido, por lo que intentar una descripción de sus características sería muy aventurado.

Reflexiones finales

A pesar del papel fundamental que los espacios abiertos jugaron en la vida misional de la Alta California, poco figuran en lo que se ha escrito sobre arquitectura. Las descripciones mencionan las estructuras: el templo, el convento, las habitaciones para los indígenas y en ocasiones, el patio del cuadro grande. Se omiten las descripciones de las arcadas y su uso, o de la explanada frente al conjunto. Esta omisión se puede explicar en términos de una historiografía de la arquitectura con sus orígenes en historia del arte y a la misma visión europea que privilegia el espacio interior.

La caracterización de los espacios abiertos en las misiones de la Alta California, en el contexto de los antecedentes franciscanos de otras regiones de la Nueva España, deja la inquietud por entender las motivaciones detrás de las modificaciones en forma y uso. Evidentemente no se identifican con claridad, pero podemos sugerir algunos factores influyentes.

En primer lugar, la misión —que pretendía la autosuficiencia— presenta claras diferencias con la arquitectura misional del centro y sur de la Nueva España, conformada por conventos establecidos en asentamientos existentes o en zonas de cierta densidad poblacional. En este sentido, como ya se mencionó, la comparación con la estructura espacial de la hacienda podría ayudar a explicar algunos espacios, como la explanada.

En segundo lugar, la evangelización de la Alta California se realizó bajo un esquema de estricto control de la población. El encierro de mujeres solteras, y en ocasiones de hombres, la ubicación de familias en viviendas de la misión con dispositivos de control espacial (muros, acomodo en torno a un patio central con acceso restringido) son evidencias de ello. La necesidad de controlar a la población indígena y de cuidar sus movimientos generó sin duda una concepción distinta de la relación dentro-fuera que se manifiesta en los espacios abiertos. El patio del cuadro grande y los patios menores son espacios interiores que pueden ser controlados. La explanada está “fuera” de “clausura”, lo que puede explicar la poca definición en su forma y uso. El hecho de estar fuera de la misión no lo exime de ser un espacio también con dispositivos de control. Lo demuestra la ubicación de las casas de las guardias como uno de los elementos que delimitan el espacio, lo cual permitía que el ojo del soldado controlara los movimientos de los neófitos. En

los casos donde la vivienda flanquea la explanada es importante señalar que estas viviendas no tenían más que una puerta que daba hacia el espacio comunitario. Quien entraba o salía estaba a la vista de toda la comunidad y, por supuesto de los soldados.

La escasez de referencias específicas a los espacios abiertos y su uso en la Alta California, tanto antes como después de la llegada de los franciscanos, imposibilita hacer aseveraciones tajantes sobre la aportación de la visión local a los espacios abiertos misionales en el sentido de su geometría, dimensiones o relaciones con espacios cerrados. Sin embargo, en lo que respecta al uso no cabe duda que las costumbres locales siguieron vigentes a lo largo del periodo misional. Las imágenes de Louis Choris de 1816, es decir, 47 años después del establecimiento de las primeras misiones en la Alta California, atestiguan la permanencia de ciertos usos tradicionales de los espacios abiertos.

El ejemplo sirve para ilustrar la transformación de un modelo. La tríada templo-claustro-atrio características de los conjuntos conventuales del siglo XVI en la Nueva España es transformada para enfrentar situaciones particulares. Las misiones de la Alta California constituyen uno de muchos ejemplos de la versatilidad con la que los misioneros enfrentaban su quehacer, sensibles a las funciones del espacio arquitectónico en su encomienda.

